

DOMINGO DE PASION.

Aunque el cura desde la entrada á la Cuaresma haya recordado á sus feligreses el precepto eclesiástico de la confesion y comunion anual, conforme se lo advertimos en su correspondiente lugar, no estará por demás que, en obsequio de los negligentes y morosos, refresque en este domingo la memoria del dicho precepto, aunque no sea sino en forma de aviso ó advertencia. Para que en pocas palabras pueda decirles cuanto sobre el particular les importa saber, cíteles textualmente el decreto del concilio de Letran, el cual está concebido en estos términos: «*Todos los feles de uno y otro sexo, habiendo llegado á la edad de discrecion, confiesen fielmente sus pecados al propio párroco, á lo menos una vez al año; y reciban con reverencia, á lo menos por la Pascua, el sacramento de la Eucaristía, á no ser que, siguiendo el consejo del confesor, por alguna causa razonable juzgasen conveniente abstenerse de él por algun tiempo: y á los que no cumplieren con este precepto priveseles de la entrada á la iglesia durante su vida, y después de su muerte séales negada la sepultura eclesiástica.*»

No obstante que el Concilio declara que todo fiel debe confesarse con su propio párroco, el cura haga entender á sus feligreses que, con el fin de impedir sacrilegios, los deja enteramente libres para dirigirse al confesor que mas les agrade, con tal que sea aprobado por el Ordinario: y para que lo tengan mas á la mano, él llamará á algunos confesores forasteros, los mas que pueda, y los mejores que le sea posible hallar.

Después de esto, como la semana de Pasion suele ser la semana de Cuaresma en que mas gente acude á la confesion y comunion, y los que en ella acuden no son por lo general los mas pios y fervorosos, á fin de evitar los sacrilegios que son de temer, hágales hoy una viva pintura de la comunion indigna. Esta pintura es de todo punto necesaria, pues las comuniones sacrilegas son muy comunes en la Cuaresma; y por mas que el cura se esfuerce en hacer conocer su gravedad, siempre suelen quedar algunos Judas que reciben indignamente el cuerpo de Jesucristo. El cura seria muy culpable, si por mirar con negligencia ó descuido este punto, fuese causa de una sola comunion sacrilega. Cabalmente el evangelio de hoy da materia para formar sobre esto un bellissimo discurso, el cual nosotros arreglamos así:

La comunion sacrilega.

Tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum. (Joan. VIII, 50).

El evangelio que se acaba de leer contiene la historia de una conversacion que el Salvador tuvo en el templo con los judíos, algunos meses antes de morir. Como él sabia el plan que ellos habian formado de darle muerte, quiso mostrarles que, si lo ejecutaban, serian culpables de un atentado inaudito, por cuanto él les habia predicado la pura verdad, y su conducta era intachable. ¿Quién de vosotros, les decia, podrá echarme en cara el mas leve pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Por lo que hace á mi doctrina, nadie es capaz de probar que sea falsa: y no siéndolo, ¿por qué no la seguís?

Vosotros vais á quedar llenos de horror, cuando oigais la respuesta que los judíos dieron á estas preguntas tan modestas é inofensivas. La respuesta que le dieron fue, llenarle de in-

jurias, tratarle de samaritano, es decir, de apóstata, llamarle energúmeno, esto es, poseído del demonio, y ¿lo creeréis? coger piedras para tirárselas: *Tulerunt lapides, ut jacerent in eum.* Por manera que, para librarse de su furor, Jesucristo creyó conveniente hacerse invisible, y salir del templo: *Abscondit se, et exivit de templo.*

Vosotros sin duda os horrorizais de esta conducta infame de los judíos respecto de Jesucristo, mas horrorizaos del modo todavía mas horrible con que muchos cristianos se conducen con él. ¡Ay! Este buen Salvador está realmente en nuestros templos, no solo para instruirnos, como á los judíos, sino para alimentarnos con su propio cuerpo, y darnos á beber su propia sangre; y no obstante ¡cosa horrenda! muchos cristianos, mas crueles que aquellos sanguinarios discípulos de la Sinagoga, le ultrajan en este Sacramento de amor, le tratan del modo mas indigno, recibéndole con una conciencia criminal, y en una alma llena de pecados. ¡Accion monstruosa! ¡sacrilegio horrible! ¿quién me dará palabras para condenaros del modo que merecis? Yo no sabria cómo expresar la horrorosa idea que tengo de la comunión indigna, sino diciendo, que ella es el sacrilegio mas enorme por su naturaleza, el delito mas odioso por sus circunstancias, y el pecado mas funesto por sus consecuencias. Proposición horrorosa, cuya exactitud voy á probaros en todas sus partes.

La comunión sacrilega es por su naturaleza el mas enorme de todos los crímenes, porque es crimen de lesa Majestad divina, y lo es en el grado mas alto que serlo puede. Con decir esto, queda dicho todo, sin que nada se pueda añadir: y si yo añado todavía algunas palabras, no será para decir cosas nuevas, sino para hacer mas clara mi espantosa proposición.

En lo humano se dice crimen de lesa majestad, no todo delito que se comete contra el príncipe, sino solo aquel que se comete directamente contra su persona. Quien roba, quien asesina, quien viola las leyes, comete, sí, grandes crímenes, y dignos de ser castigados severamente, pero no son crímenes de lesa majestad, porque solo ofenden al príncipe indirectamente, y no le tocan, digámoslo así, sino de rechazo. Pero quien insulta á sus ministros, quien perturba sus Estados, quien revoluciona á sus súbditos comete crimen de lesa majestad, porque esto es atacar directamente á su sagrada persona, y ofenderle, si puedo expresarme así, en línea recta. Mas, como ya conoceréis, estos crímenes de lesa majestad no son todos igualmente enormes, ni de consiguiente igualmente dignos de castigo. Despreciar á los ministros del rey, es crimen de lesa majestad, pero en el grado mas bajo: perturbar sus Estados, lo es tambien, pero ya en un grado mas alto: revolucionar á sus súbditos, lo es igualmente, pero de un orden superior: en fin, poner las manos en su misma persona, es el mayor crimen de lesa majestad que pueda concebirse, y para cuyo castigo apenas hay género de muerte que baste.

Del mismo modo, cristianos, hay diferentes grados de crímenes de lesa Majestad divina, todos muy dignos de castigo, pero los unos mas que los otros. Ofender á los ministros de Jesucristo, ó en su honor, ó en su reputación, ó en sus personas, es crimen de lesa Majestad divina, que merece un castigo severo, porque estos son desacatos que resaltan sobre Jesucristo mismo. Portarse con desvergüenza ante la majestad de Jesucristo expuesto en los altares, es crimen de lesa Majestad divina, digno de un castigo mayor, porque la injuria ya le toca mas directamente. Profanar los demás Sacramentos, como el Orden, el Matrimonio, etc., recibidos con mala disposición, es crimen de lesa Majestad divina, digno de un

castigo todavía mas ejemplar, porque el ultraje hiere mas inmediatamente á Jesucristo. Pero sobre todos estos hay uno que es el soberano, el mas atroz, el mas horrible, y es, ¿lo diré? es ultrajar, poner las manos sobre la persona adorable de Jesucristo, como lo hace quien recibe su sagrado cuerpo indignamente. ¡Ah qué injuria! ¡ah qué atentado!

Cuando vosotros oís las injurias que los judíos hicieron á Jesucristo al tiempo de su Pasion, por duro que tengais el corazón, no podeis menos de verter algunas lágrimas de compasion y ternura, mas debéis estar ciertos, sin dudarle un punto, que las injurias que él recibió en su muerte, fueron mucho menores que las que recibe en una comunión indigna; que las penas que toleró en su sagrada Pasion, no le fueron tan sensibles como las que le causan los que le reciben en pecado; y que todos los ultrajes del Calvario no igualaron en amargura á los que los malos cristianos le hacen en el altar. ¿Quereis os haga ver la gran diferencia que hay entre las injurias que sufrió de los judíos, y las que recibe de los cristianos sacrílegos? Será fácil, haciendo comparacion entre unos y otros.

Los judíos no conocian quién era Jesucristo cuando le crucificaron; que si lo hubiesen conocido, jamás le hubieran puesto en cruz, como asegura san Pablo: *Si cognovissent, numquam Dominum gloriæ crucifixissent*¹; mas vosotros, cristianos sacrílegos, vosotros, cuando le recibís en pecado, sabeis quién es, le conoceis bien, y no ignorais que volveis á poner en cruz al mismo Hijo de Dios. Cuando los judíos le maltrataron, él todavía no se hallaba en su estado de gloria y majestad, estaba en cierta manera disfrazado, y no parecia sino un hombre comun y vulgar: *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus est homo*²; mas vosotros, comulgando indigna-

¹ I Cor. II, 8. — ² Philip. II, 7.

mente, le maltratais cuando es ya inmortal y glorioso, y venís á hundirle el puñal en el pecho precisamente en el acto de estar él sentado en su trono de majestad y de gloria. En fin, los judíos eran sus enemigos declarados, y en este concepto se comprende fácilmente que le procurasen toda suerte de injurias y tormentos: mas vosotros decís ser sus buenos amigos, y haceis de ello una profesion pública viniendo á uniros con él por la participacion de su cuerpo. ¡Qué sensible debe de serle esta injuria!

Bien lo declara él mismo con aquellas tiernas y amorosas quejas que hace por boca de su Profeta. Si los turcos, dice, que no creen en mí, viniesen á injuriarme en este Sacramento, lo tomaria con paciencia: si los judíos, que son mis mas acérrimos enemigos, me cargasen de oprobios y maldiciones, lo sufriria callando: si los herejes, que me hacen guerra abierta, vomitasen contra mí todo género de blasfemias, no lo sentiria tanto: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*¹; pero tú que eres cristiano, tú que haces profesion de observar mi ley, y de guardar mis preceptos; tú que quieres se crea que eres mi amigo, mi hermano y mi discípulo; tú á quien he hecho tantos favores, y dispensado tantos beneficios; tú á quien he dado parte en mi confianza, á quien he hecho el honor de recibirte en mi mesa, á quien he alimentado con mi propia carne y sangre; ¿tú llenarme de ultrajes? ¿tú cubrirme de oprobios? ¿tú renovarme los tormentos? Asegúrote que esta injuria me es extremadamente sensible, y que me cuesta mucho trabajo soportarla.

Mas por muy sensible que le sea en sí misma, hay todavía algunas circunstancias que se la hacen mucho mas pesada, y que hacen subir las comuniones sacrílegas al grado mas

¹ Psalm. LIV, 13.

alto de malicia y perversidad. ¿Y cuáles son estas circunstancias? Son la traicion, la ingratitud y la crueldad con que el sacrílego consuma el mas enorme de los atentados.

El gran pecado de Judas ¿cuál fue? Fue, me diréis, entregar á Jesucristo á sus enemigos. Es verdad; mas no parece fuese esto lo que mas sintió el bondadosísimo Salvador. Lo que mas afligió su tierno corazon, lo que mas traspasó su bendita alma, fue el ver que le entregaba por medio de una traicion. Esta fue la única cosa de que se le quejó en el acto de ser prendido en el huerto de los Olivos. No le dijo: ¿por qué me entregas? sino: ¿así me entregas á lo traidor, sirviéndote de un falso beso de paz y amistad? *Osculo Filium hominis tradis* ¹? Como si hubiese querido decirle: Si querias entregarme á mis enemigos, otros medios tenias para hacerlo, ¿para qué fingirte mi amigo? ¿para qué emplear un beso? Un beso ¿es medio decente para entregar á un hombre á los asesinos? *Osculo Filium hominis tradis*?

¡Ah! cristianos, ¡con cuánta mas razon pudiera Jesucristo hacer esta reconvenccion al que indignamente comulga! ¡Ah desleal! pudiera decirle, ¡ah pérfido! ¿no has hallado otro medio de ofenderme, que viniendo aquí á venderme traidoramente, y con capa de buen amigo? Si ganas tienes de injuriarme, no te faltan otros medios para hacerlo á tu gusto. ¿Para qué emplear la hipocresía y el fingimiento? ¿para qué presentarte con los ojos bajos, con la manos juntas ante el pecho, con el rostro modesto y devoto, cual si fueses uno de mis mas sinceros amigos? ¿Este es el medio que empleas para entregarme á los demonios: *Osculo Filium hominis tradis*? ¡Ah! esto es hacer como Cain, que con palabras tiernas de hermano sacó al campo al inocente Abel para derramar su sangre: es hacer co-

¹ Luc. xxii, 48.

mo Absalon, que convidó á su hermano Amnon á su mesa para asesinarle alevosamente: es hacer como Joab, que dió un abrazo á Amasa para hundirle la espada en el corazon.

Ingratitud. Jesucristo decia á los judíos: muchas obras buenas os he hecho, ¿por cuál de ellas me perseguís? *Multa opera bona ostendi vobis, propter quod me lapidatis* ¹? ¿Es por haber dado vista á los ciegos, palabra á los mudos, salud á los enfermos, vida á los muertos? Si estos son agravios, teneis sobrada razon en vengaros, pues realmente os he hecho muchos. Pero ¿es delito amaros tiernamente, y llenaros de beneficios?

Este, y aun mas penetrante, es el lenguaje de Jesucristo para con los que indignamente le reciben. Yo, les dice, estoy en este Sacramento dándoos continuas pruebas de mi acendrado amor, ¿por cuál de ellas me ultrajais? Aquí estoy humillado, empequeñecido, anonadado, y sin ninguno de aquellos resplandores que me circundan en la gloria: aquí estoy haciéndoos compañía en este destierro, observando vuestras necesidades, recibiendo vuestras súplicas, enjugando vuestras lágrimas, remediando vuestros males, derramando continuamente sobre vosotros mil gracias y bendiciones: aquí estoy para ser vuestra medicina, vuestro alimento y vuestra vida. ¿Son estos motivos para injuriarme? Si lo son, teneis sobrada razon en hacerlo, pues efectivamente son muchos y grandes. Pero ¿es delito amaros, y amaros tan tiernamente?

Crueldad. Jesucristo habia dicho al tiempo de espirar sobre la cruz, que ya estaban acabadas para él las afrentas, las amarguras y los dolores: *Consummatum est* ². Mas ¡ay! que la crueldad del pecador sacrílego le prepara un nuevo Calvario en su corazon, le renueva las angustias de su dolorosa muer-

¹ Joan. x, 32. — ² Ibid. xix, 30.

te, y parece que la cruz, en vez de ser el fin, no fue mas que el principio de sus penas y tormentos. Quien come indignamente el pan sagrado, dice san Pablo, quien bebe en pecado el cáliz de salud, este crucifica otra vez en sí mismo el Hijo de Dios, y se hace reo de su cuerpo y sangre: *Reus erit corporis et sanguinis Domini*¹. ¡Ay qué crueldad! Decidme, infelices judíos: ¿hubiérais crucificado á Jesucristo, si hubiéseis sabido que era Hijo de Dios?... Pues los cristianos lo saben, y no obstante lo hacen.

Este pecado es muy horrendo, pero os aseguro que horrendos son tambien los males con que Dios lo castiga. Males temporales, males espirituales, males eternos. ¿Puede decirse mas? Si me preguntais, de dónde salen tantos males públicos que asolan los pueblos y las familias, tantas revoluciones, tantas guerras, tantas enfermedades, tanta esterilidad, tanta pobreza, tanta miseria; os responderé con Isaías, que salen del templo, que son la paga que Dios os da por vuestros grandes sacrilegios: *Vox de templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis*². Si me preguntais, dónde se forman esos rayos que de improviso separan por siempre al hijo del padre, al marido de la mujer, al hermano del hermano, os diré: mirad esa sagrada mesa, y lo sabréis: en ella se forman esos terribles golpes, del templo salen: *Vox de templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis*. Si deseais saber de dónde proviene que las familias no medran, que los negocios no prosperan, que los recursos faltan, que los campos no fructifican, que las necesidades aumentan, que todo el mundo suspira, os diré: dad una mirada á ese altar, y pronto hallaréis la razon: las comuniones sacrílegas son las que atraen sobre vosotros esos azotes y esos males: *Vox de templo, vox Domini reddentis*

¹ I Cor. xi, 27. — ² Isai. LXVI, 6.

retributionem inimicis suis. ¿Que no lo creéis? Tampoco Jerusalem quiso creer las desgracias que le pronosticó el Hijo de Dios, como castigo de la muerte que iba á darle; sin embargo el pronóstico se cumplió, y su cumplimiento excita todavía nuestro horror y espanto.

Castigos espirituales. No me detendré en pintaros el horror de aquella ceguedad de entendimiento que producen en el hombre las comuniones sacrílegas, ceguedad que hace que apenas se distinga el bien del mal, el vicio de la virtud, y el camino recto del sendero extraviado. Tampoco me detendré en ponderaros aquella dureza de corazon que la Eucaristía causa en quien indignamente la recibe, dureza semejante á la de Faraon, á quien ni los consejos sirvieron, ni las amenazas ablandaron, ni los castigos hicieron entrar en sí. Otro castigo quiero descubrir, y es la inquietud, el horror, la desesperación que se apodera del sacrílego en la hora de su muerte. ¡Ay! en aquella hora fatal no hay cosa que mas le atormente, que la memoria de las comuniones sacrílegas que ha hecho. David tenia muchas cosas que le inquietaban el espíritu, y le turbaban el corazon, y por esto decia: *Anxiatu est super me spiritus meus, in me turbatum est cor meum*¹; pero lo que mas le agitaba, lo que mas horror le hacia, era la voz de la sangre de Urías que injustamente habia derramado. Esto era lo que le hacia clamar continuamente: *Libera me de sanguinibus, Deus*: ¡ah! Dios mio, libradme de esa sangre inocente, cuya voz muda pide venganza contra mí: defendedme de ese acusador terrible que continuamente me cita á vuestro tribunal: *Libera me de sanguinibus*.

¡Ah! infeliz sacrílego, que con tus comuniones impías derramas la sangre de Jesucristo, no dudes que esta sangre se te

¹ Psalm. cxlii, 4.

presentará á la hora de tu muerte, te acusará del mal uso que has hecho de ella, y pedirá venganza al cielo por tus profanaciones criminales. Esta vista te será insoportable, pero á pesar tuyo tendrás que soportarla : esta sangre llevará á tus oídos una voz lúgubre que te estremecerá, pero por mas que quieras no podrás acallarla : este acusador producirá contra tí horrendos cargos, pero tú no podrás responder á uno de ellos. ¡Oh Dios, qué acusador! ¡Oh cielos, qué enemigo!

Castigos eternos. La comunión indigna es el pecado que mas infaliblemente condena. No soy yo quien lo dice, es el apóstol san Pablo. Quien come indignamente el pan consagrado, dice, y bebe en pecado el cáliz de salud, este infeliz se traga su juicio y su condenación : *Qui manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit*¹. ¿Oísteis jamás una proposición tan espantosa? No es sobre papel donde se escribe la sentencia de este desgraciado, no es sobre bronce donde se graba el decreto de su condenación : ¡ah! él mismo lo lleva impreso en el alma; él mismo, comiéndolo, lo ha convertido en su propia sustancia. ¿Cómo borrarlo? ¿cómo hacerlo revocar? Es muy difícil : y si en esta vida hubiese algun pecado irremisible, yo no dudaría sostener que este sería el de la comunión indigna.

¡Ah! cristianos, si alguno de vosotros se reconoce culpable de este gran delito, que lo llore, que lo confiese, que pida humildemente perdón á Dios. Sin duda que Dios no le ha conservado hasta ahora, sino para que tenga tiempo de reparar todos sus sacrilegios. Repárelos con una confesión humilde, con un dolor sincero, con un propósito eficaz de no volver jamás á cometer un delito, que es el mas enorme en sí mismo, el mas feo por sus circunstancias, el mas temible por sus castigos. Amen.

¹ I Cor. xi, 29.

DOMINGO DE RAMOS.

Al llegar á este domingo, se llega á la última semana de Cuaresma, llamada por san Juan Crisóstomo semana grande, por san Bernardo semana penosa, y por el comun de los cristianos semana santa. Y con mucha razon se la llama así, porque efectivamente en ella todo es santo, todo respira grandeza, todo recuerda las penas que el Salvador toleró por los hombres, y excita deseos de tomar en ellas alguna parte.

Son tantas y tan interesantes las cosas que hay por decir sobre esta semana misteriosa, que si el cura no multiplica hoy sus instrucciones, dejará á los feligreses ignorantes de muchas cosas cuyo conocimiento les sería sumamente provechoso. En primer lugar ha de explicarles el misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio que es el objeto de la solemnidad de este día, y que, bien explicado, despierta en el alma sentimientos muy santos y piadosos. Despues ha de darles algunas lecciones sobre la semana santa, haciéndoles una breve reseña de los grandes misterios que en ella se celebran, y enseñándoles el modo práctico de presenciarlos con fruto. Por último ha de decirles algunas palabras sobre la Pasión de Jesucristo, exhortándoles eficazmente á tomar parte en ella, por medio de una seria consideración, y de la imitación práctica de sus ejemplos.

Como cualquiera comprenderá, estos puntos no pueden ser tratados con mucha extensión, ya por no fatigar la atención de los fieles, ya por no permitirlo las demás ocupaciones de este